

Encierro y emancipación



Horacio Bilbao*

Hay una economía de la atención que, por mis canas tal vez, me provoca un aturdimiento sofocante ya desde su nombre. Hay una forma de relacionarnos con el mundo, plagada de interfaces de la que cada vez es más difícil escapar, incluso al aire libre. ¿Cuál es nuestra relación con el tiempo, con los afectos, con el otro, con el futuro? Las preguntas no son nuevas, las vamos abordando de a poco, como en el número anterior de nuestra revista, donde exploramos los imaginarios digitales de nuestras juventudes, las nuevas socializaciones y códigos, todavía movilizados por la sorpresa que generó entre muchos la serie británica *Adolescencia*. ¿Qué hacemos con las tecnologías, qué nos hacen, quiénes son nuestros hijos, nuestros estudiantes en esos territorios y lenguajes?

Hace un par de meses fui a la presentación del cuarto libro de poesía de mi hermano Homero. Esta vez eran haikus. El título de por sí es un disparador que abre mundos, *Formas de estar aquí* lo llamó. Podrán leer una reseña magnífica en este número, a cargo de Gustavo Mariani. A esta altura ya pueden preguntarse: ¿Qué tiene que ver la poesía con nuestras carreras informacionales, con las preocupaciones de las que hablé unas líneas arriba? En este mismo número hay otro artículo, escrito por Iris Fernández, en donde queda bien clara la enormidad del desafío educativo que tenemos por delante frente a la explosión de la inteligencia artificial. Si se me permite, voy a ir y venir entre las ideas que

* UNPAZ.

se juegan en ambos textos. Y ustedes dirán si se le puede pedir peras al olmo (Antonio Machado hizo brotar a un olmo seco, ¿no?).

Hagamos un pacto. Supongamos (yo estoy seguro) que el haiku puede ser visto como una tecnología del lenguaje. Y que de allí nace una paradoja: hay en él una forma cerrada que abre la percepción. Estamos frente a una tecnología en sentido foucaultiano, un dispositivo que encauza la experiencia con su métrica mínima (5-7-5). Por un lado, fuerza a una economía de palabras mientras, por otro, despierta una percepción expandida, una pedagogía de lo breve que puede volverse infinito. Yo me paso horas con los haikus de mi hermano, sobre todo cuando la experiencia es compartida. (Un amigo que pide no ser citado dice que hay ciertos memes que logran impactos similares, pero yo siempre le bajo el precio a su comparación. Otro colega, Javier Bilatz, me dice que con la IA la sintaxis es la nueva caligrafía —traigo estos diálogos para que vean el nivel de desconcierto que manejamos en nuestras charlas de café entre profes, más de birra que de café—)

En *El Imperio de los signos*, Roland Barthes dice que el haiku opera más como señal que como significación. Su forma no es un corsé, sino una condición de posibilidad para que lo sensible emerja. Se me ocurre relacionarlo con su concepto de “punctum”, ligado a la imagen, a lo punzante de una imagen fotográfica en este caso, que también tiene que ver con la experiencia compartida, con la historia. La inteligencia artificial parece operar bajo el signo opuesto: produce respuestas completas, de manual, muchas veces cerradas. No apunta, no sugiere, no deja el espacio del silencio: lo llena. Hace prosa o poesía como se hacen chorizos. Como dice Javier, su sintaxis es perfecta. ¿Queremos una sintaxis perfecta? Yo me divierto más cuando alucina, con el glitch inhumano.

Pero la IA también es una tecnología del lenguaje y, como toda tecnología, puede ser tensionada. El problema no es la herramienta en sí, sino los regímenes de verdad, de velocidad, de ansiedad, de consumo que manejamos, que nos manejan. El capitalismo del lenguaje convertido en estímulos, digamos. Ahí es donde la educación pide pista. ¿Como el haiku, puede crecer una pedagogía que enseñe a *pensar dentro de ciertos límites para percibir fuera de ellos*?

Levi-Strauss, Roman Jakobson y otros estructuralistas hablaban de la lógica interna que anida en todo sistema: conocer esa lógica permite jugar con ella, subvertirla. Forcemos a Merleau-Ponty para decir que educar no es informar, sino formar percepción, abrir la atención al mundo, incluso el deseo por cierto mundo que ojalá no sea este. Otra atención, reñida con la economía de la atención de los economistas expertos en números y estadísticas, la atención que propone un haiku, por ejemplo.

La industria cultural (en su versión digital algorítmica) produce flujos constantes de sentido prefabricado. Pero, así como el haiku resiste al exceso significante con su forma mínima, se puede trabajar sobre la sensibilidad en lugar de producir opiniones como chorizos, estereotipos como estándar, habilitar lo que Barthes llamaría “placer del texto” y no solo “consumo de información”. Se puede leer, ver, decir, videar, streamear de otra manera, abriendo mundos en lugar de cerrarlos, desafiando domesticaciones, vigilancias, contratos leoninos.

Hablamos de prefabricar, de construir con moldes, y me viene a la mente la canción *Construção* de Chico Buarque (será porque una de mis hijas la canta seguido, sorprendida por sus variaciones que siempre le parecen nuevas). Hay en esa canción un molde, un patrón formal –estrofa fija, ritmo martillado, rima– usado para intensificar la percepción. Hay un “desvío” en el molde que produce un desplazamiento afectivo brutal: pasamos de lo cotidiano a lo trágico, de la alienación laboral al anonimato de la muerte urbana. El lenguaje *se comporta como un molde*, pero al hacerlo, muestra la violencia del molde social: el obrero que “murió en contramano perturbando el tráfico” es engranaje, palabra y cuerpo. Hay una experiencia social que atraviesa la música, que permite evadir el laberinto perceptivo en el que nos vamos reificando. Hay cuerpo individual y colectivo.

Como el haiku, *Construção* (y otras sensibilidades musicales, artísticas) es una forma limitada que expande. ¿Podemos sugerir experiencias análogas para los lenguajes generados con IA? ¿Podemos apoyarnos en una forma para luego quebrarla? Lo digo porque como bien queda claro en el artículo sobre la IA en educación que traemos en este número, no tiene sentido negar la tecnología. Sí comprenderla, estudiarla, desafiar sus límites con osadía para construir a contrapelo, para repensarla. En nuestras charlas buscamos un decir distinto, un desvío del lenguaje, una inquietud por despertar insubordinaciones creativas que permitan narrativas colectivas. Si la educación es una práctica de emancipación (como en Jacotot, como en Rancière), hay lugar para pensar y hacer más allá del dispositivo, el programa, las tecnologías.

“Somos la última generación que recuerda cómo era vivir sin pantallas, sin notificaciones, sin conexión permanente. Y la primera en vivir atrapada en la hiperconexión”, suele decir Franco “Bifo” Berardi. Es cierto, pero qué mundo hicimos los nacidos acá y allá antes de las pantallas. En todo caso, había otras pantallas, otras tecnologías. No vamos a idealizar el pasado, pero sí podemos usarlo como semilla, para transmitir prácticas sensoriales que no fueron del todo capturadas, que buscan esquivar el cono perceptivo: experiencia compartible, situada, territorial, más allá de lo difícil que se ha vuelto definir un territorio.

Salimos a desempolvarnos de prejuicios, de mandatos, como Jacotot, como Chico, como los haikus de Homero, que juegan con las formas para crear, para habilitar, para romper la ilusión de que no hay alternativa a la estandarización, a la automatización. Para *liberar la imaginación, la historia colectiva... de la extracción colonizante, del límite cognitivo, de un “pensamiento” estadístico* que anula silencios, dudas, heterogeneidades. En *Futuros Comunes* salimos a jugar con el límite, a desafiarlo, porque el porvenir no es auspicioso, porque nuestros lenguajes se rompen y se homogenizan como las respuestas de muchos estudiantes, de muchos profesores. Tenemos buenas preguntas, construiremos otras respuestas.

Pienso en esa frase de Bifo y digo qué suerte, qué afortunados somos de poder hacer equilibrio entre generaciones, estudiantes, lenguajes y pensarnos mientras caminamos por la cuerda floja (me viene otra canción con ese título, de Fito, interpretada por Baglietto, que al igual que Chico nos habla de esos cuerpos anónimos que caen). El desafío es enorme, porque no sabemos hacia dónde caminamos juntos, porque hay senderos que se bifurcan, que van y vienen. Confiamos en nuestras inteligencias, pero sobre todo en nuestras músicas, historias, límites y emancipaciones para encontrar puntos de fuga, para reconstruir lenguajes, para abrir caminos colectivos, comunes.